

LA JUVENTUD NORTEAFRICANA DE HOY Y EL POSIBLE MAÑANA

CON categoría de hecho internacional, el despertar de los países musulmanes se sitúa poco después de la primera guerra europea, cuando precisamente parecía haberse consumado la ruina de su independencia con la derrota y desmembración del Imperio otomano. Pero la resistencia que en 1919 opuso Turquía a la presión de los aliados provocó en los años siguientes una reacción nacionalista que en forma confesada o larvada se extendió por el ámbito todo del mundo musulmán.

Sin negar que fueron varias las causas que motivaron estos distintos movimientos —netamente nacionalistas unos, simplemente anticoloniales otros—, se ha de reconocer que su concomitancia implica la existencia de un común denominador generador de tales movimientos. En efecto: su desarrollo posterior permite afirmar que no se trató de una vaga aspiración a la independencia, exasperada en las circunstancias favorables de la postguerra, sino de una auténtica toma de conciencia, por parte principalmente de la juventud influenciada por Europa, de una realidad nacional concebida como una meta por alcanzar a través de una nueva estructuración política, organización económica y renovación social y cultural, partiendo de la base del patrón europeo. Turquía es un ejemplo típico de esa inquietud renovadora, de esa ansia de fundirse en el molde europeo reflejada a lo vivo en esta pregunta de uno de los delegados turcos en la Conferencia de Lausana a un periodista: «¿Me encuentra usted muy diferente de un francés o de un inglés?» Pero el impulso que Mustafa Kemal imprimió a su país fué tan vigoroso, rompió de modo tan rotundo —por lo menos oficialmente— con lo tradicionalmente islámico, que el antiguo Imperio otomano puede considerarse ajeno a los problemas específicos de la juventud actual de los países que siguen hondamente vinculados a la fe y las prácticas coránicas. In-

cluso entre éstos, preciso es distinguir los que a raíz de la segunda guerra mundial han consolidado su independencia o la han logrado, siendo ratificado el hecho por su admisión en la O. N. U., de aquellos que en una u otra forma siguen ligados a potencias occidentales. Los primeros se agrupan bajo el estandarte de la Liga Árabe, lo que sitúa su realidad en un terreno político más en armonía con las corrientes modernas de pensamiento práctico que la vieja denominación de mundo islámico, hartamente imprecisa en sus fronteras geográficas y raciales. Por ello consideramos una mera explosión de exaltación juvenil el que los estudiantes egipcios, con motivo de sus numerosas agitaciones y huelgas, clamoreen a favor de sus hermanos musulmanes de Oriente, cual si pretendieran resucitar el cadáver de un panislamismo rebasado por una tendencia a la creación de bloques económicos, estratégicos o defensivos que no se cuidan de agrupar a los pueblos sobre la base de una identidad de credo religioso. No obstante, señalamos el hecho como síntoma de la inquietud y desorientación de la juventud musulmana, inquietud y desorientación que se manifiesta con características peculiares según sean los países, pero que nos interesa particularmente observar en aquellos en que aún se proyecta directamente Europa y que es el objeto de este estudio.

No se nos oculta que considerar el problema sin hacer las pertinentes distinciones entre las juventudes de cada una de las regiones señaladas puede conducir a conclusiones un tanto superficiales, como puede inducir a falsas generalizaciones hablar de «juventud», ya que en este caso sólo nos referimos a una minoría ciudadana y universitaria, dado que los jóvenes obreros y, sobre todo, los campesinos permanecen al margen de estos movimientos. No obstante, hechas estas salvedades, creemos que los puntos de coincidencia entre los jóvenes norteafricanos son bastante numerosos como para permitir el diseño de una visión de conjunto cuyas grandes líneas no excluyen la existencia de divergencias de detalle.

En primer término, paradójicamente, no hay que cansarse de repetirlo, resulta ser que esta juventud debe a Europa su concepto del nacionalismo, lo mismo que la juventud de la generación anterior, que podemos llamar la del 1918. No nos referimos solamente al hecho de que sea Europa la que ha dado forma y vigor a tal concepto, para que los restantes pueblos descubran en él su rostro como en un espejo, sino a la circunstancia de que la presencia de las po-

tencias europeas en territorios musulmanes, con todas sus consecuencias, ha sido la base que ha fijado la noción de patria hasta tanto desdibujada en la confusa idea de una comunidad religiosa, de límites imprecisos, o encogida en la estrechez de la tribu, la cabila, la ciudad, el clan político o familiar. Tomando por punto de partida esta noción de patria de reciente asimilación, la juventud actual se muestra impaciente por poner manos a la obra y crear la nación que sueña, sin recordar que la generación que en 1908 hizo las revoluciones turca y persa fracasó tras lanzar débiles destellos. Como en 1876 habían fracasado los primeros Jóvenes Turcos, por carecer del apoyo, por lo menos tácito, de la opinión pública y del empuje de un movimiento constructivo hondamente popular, ya que hasta ahora las manifestaciones antioccidentales que se han venido registrando en la masa han tenido un carácter de xenofobia anárquica, imposible de ser domeñada por aquellos mismos que utilizaron la flauta encantada de la independencia. Fueron, pues, aquellos renovadores de Turquía y Persia voces que clamaron en medio de la incompreensión de la mayoría de los suyos, como sucede actualmente a la juventud musulmana que no pasa de ser una minoría en lo que atañe a conciencia de un problema por resolver y un porvenir por construir. La soledad es, por tanto, el hecho que señala esta generación de 1945, muy distinta de la del año 1918. Y que no parezca exagerada esta apreciación, porque tal juventud está sola dentro de su medio ambiente genuino y sola también con relación a Occidente, considerado como un conjunto de enunciados, ideas, métodos y modos de entender la vida. Fluctuando entre dos mundos, el occidental y el islámico, influida por ambos, errando entre dos caminos sin haber hallado el propio, aquel en que se armonizan extremos antagonicos, esta juventud inquieta y solitaria bien merece la especial atención de quienes como nosotros los españoles estamos particularmente bien situados para percibir a un tiempo el latido de Oriente y Occidente y comprender ambos puntos de vista.

A pesar de ello sería necio, so pretexto de patriotismo, pretender que España ha desempeñado un papel apreciable en la formación intelectual y en la evolución de la juventud musulmana considerada en su casi totalidad. En realidad, son los dos países que con más propiedad simbolizan a Europa, Francia e Inglaterra, quienes influyeron en ella, le dieron directrices y normas de pensamiento, sirviendo de modelo y guía al ansia de renovación —afectada.

por un diletantismo cierto— de las juventudes comprendidas entre las dos guerras; que acudieron al reclamo de lo aparente, es decir, lo exterior y fácil de asimilar, sin adentrarse hasta la inteligencia de los auténticos valores de la civilización occidental, que son, entre otros, la voluntad reflexiva y la acción razonada. En aquellas juventudes curiosas de saber y preocupadas de liberarse de su propio estancamiento, Francia e Inglaterra hallaron discípulos, adeptos e imitadores fervientes y dóciles a sus enseñanzas, aun cuando aparentemente el gesto de rebeldía contra los «Viejos Turbantes» también se dirigía contra las naciones que pesaban con diversas modalidades sobre los destinos de su suelo natal. Siria, Líbano y Egipto, así como el Norte de Africa francés, ofrecen a este respecto ejemplos aleccionadores con sus juventudes formadas en Europa o según métodos europeos, dominando el inglés o el francés, irritándose contra sus educadores en su idioma y copiando su pensamiento y su dialéctica, en realidad a la zaga de aquéllos por la senda de una ideología deficientemente asimilada. Pese a las protestas más o menos iracundas de aquellas juventudes, Francia e Inglaterra, sea una síntesis bastante perfecta de Occidente, eran visiblemente remedadas y secretamente admiradas, lo que es una de tantas formas de admitir una superioridad. Pero entre aquellas generaciones preocupadas en primer lugar de especulaciones intelectuales, de cultura moderna y bellas edificaciones ideológicas y la que ha surgido inmediatamente después de la segunda guerra mundial, media un abismo en este orden de ideas. La generación de 1945 ya no siente veneración por los viejos maestros europeos ni absorbe con ingenua admiración sus palabras y enseñanzas. Ya no cree en la virtud de las fórmulas en uso en Europa y que fascinaron a sus predecesores. Ha perdido fe en la eficacia de los credos políticos, sean éstos democráticos, fascistas o afectados por un signo marxista. Piensa que todos han llevado a los pueblos a la más formidable guerra que vieron los siglos, a toda clase de crueldades, atropellos, injusticias, persecuciones y dolores, a la ruina de las instituciones de más sólida apariencia y a la interrogante de un azaroso porvenir que envenena la falsa paz en que se ha instalado el mundo tras penosos esfuerzos, después de demostrar lo fallible de las previsiones de las naciones más adelantadas en orden a progreso y poner en tela de juicio su capacidad rectora, puesto que no supieron dirigirse a sí mismas para evitar la catástrofe ni dan señales de estar capacitadas

para evitarla de nuevo. Todo ello implica la ruina del prestigio de Occidente en lo que afecta a su papel de guía y modelo intelectual y civilizador.

Considerando las cosas desde este punto de vista, parcial ciertamente, pero que es el de la juventud norteafricana, se evidencia que su recelo hacia Occidente, que fácilmente resbala por la vertiente de la hostilidad xenófoba, no carece de fundamento. Sin embargo, hay un aspecto occidental que sigue reteniendo su atención: el de su progreso y de su técnica, comparados con los de sus propios países. Pero valorar a Europa en este exclusivo aspecto, ¿no es tenerla por un cuerpo cubierto de alhajas, del que ha huído el espíritu? Y es éste, pensamos, uno de los conflictos primordiales de la juventud musulmana: haber hallado un modelo sólo material y andar en busca de un espíritu que anime ese mundo que se le apareció de pronto de una peligrosa vaciedad que origina guerras, revoluciones, desórdenes sociales y miserias. Tal vez esa búsqueda afanosa de espíritu sea la que provoca la afirmación íntima de islamismo que se observa en la juventud musulmana, aun cuando viste, vive y actúa exteriormente como la europea. En la hondura de su ser, la juventud musulmana busca un asidero para no verse arrastrada a su vez por la corriente que se está llevando los mitos y los sueños que han encantado a Europa, aunque no constituyen Europa, y cuya ineficacia se ha demostrado por dos veces trágicamente en veinticinco años.

Occidente, el que brindaba la fórmula hallada, la norma trazada y una civilización que, al parecer, sólo restaba por adoptar, como quien adopta un vestir o una costumbre social, revela que sus concepciones no son absolutamente válidas. Tal revelación ha provocado en la juventud musulmana un desencanto y desaliento semejante al que deja el ídolo roto al que secretamente se rendía culto y merecía confianza. Ahora no queda sino la ineludible exigencia de encontrar una fórmula, de imponer una norma y de estructurar otra civilización, creando algo que no signifique el transitorio éxito de una generación solamente, sino la rotunda afirmación de la superioridad de una concepción islámica del mundo —que es concepción total— y de la que no han cesado de reclamarse incluso aquellos que más han asimilado la visión europea moderna de la vida, como última defensa para no abdicar en las entrañas del alma ante una

Europea entonces armoniosa, grande y fuerte que los dominaba y cuya crisis actual tiene sabores de revancha.

Ardua es la tarea que corresponde a esta juventud y duro el esfuerzo. Implican una tenacidad en el empeño y una unión en la labor que se ven entorpecidos en una medida no desdeñable por dos hechos principales que no son privativos de una generación, sino que son características de los pueblos norteafricanos: en primer lugar, un radical individualismo que no ha neutralizado la formación europea, que por ser esencialmente democrática también adolece de este mal; en segundo término, la afición al poder o al cargo elevado para satisfacer una ambición de gloria personal o de grupo reducido. La multiplicidad y rivalidad de los partidos nacionalistas norteafricanos es prueba de lo que adelantamos, pues no reflejan realmente diversidad de pensamientos irreconciliables, sino simpatías o aversiones de bando. Así, en las elecciones celebradas en abril de 1948 para constituir la Asamblea argelina, la oposición entre Ferhat Abbas y Messali Hach permitió a los independientes o moderados conseguir una rotunda mayoría. Una división semejante neutraliza la acción del nacionalismo marroquí, aumentando la división artificial motivada por el reparto de Marruecos en tres zonas. Estas rivalidades pequeñas, que impiden situar de lleno el problema en el plano grande de lo colectivo, acrecientan la desorientación de una juventud que bajo la presión de las circunstancias exteriores se encuentra en un punto delicado de su evolución, aquel en que confluyen influencias tradicionales y progresistas de difícil selección, lo que confiere a su pensamiento una cierta vaguedad y a su acción una irregularidad en la que un decaimiento indolente sucede a un airado nerviosismo. Por lo demás, la juventud norteafricana —no porque es norteafricana, sino porque es juventud— no está siempre acertada en el diagnóstico de la causa de sus males. Sufre una romántica tendencia juvenil a adoptar ante ellos el papel de víctima que provoca un sentimiento de amargura y, en ocasiones, de resentimiento del que sólo podría liberarse en beneficio propio mediante un examen sereno y objetivo de la verdad de las causas que originan su situación. Es ésta, ya lo hemos admitido, dura en la actualidad y de ardua solución. Hacia Occidente, nada en que creer ciegamente, nada que pueda ser adoptado totalmente sin reservas o peligros. Si vuelve los ojos hacia Oriente, donde la Liga Árabe suscitó tantas esperanzas, después del desengaño que ha provocado el giro que ha

tomado la guerra con Israel, y que los no musulmanes podemos difícilmente sondear en su dolorosa intensidad, sólo se ofrece un horizonte confuso de rencillas y sutilezas diplomáticas destinadas a mantener en pie la ilusión de una auténtica comunidad árabe. Estrechando el círculo hasta las dimensiones del medio ambiente, esta juventud halla escasa comprensión, por una simple razón de orden intelectual derivada de la diferencia de formación cultural. En este aspecto, la influencia occidental hace muy sensible el divorcio con las generaciones anteriores, cuyas preocupaciones apenas rozan las inquietudes de los jóvenes estudiantes a un tiempo ávidos de saber y poco apegados a concentrar su pensamiento en un sólo punto preciso, lo que afecta, en general, con un signo de superficialidad, la totalidad de sus conocimientos. La juventud norteafricana, aislada y ardorosa, no se percata quizá de estos extremos evidentes para el observador imparcial, lo que no quiere decir indiferente. Con su tendencia a considerar los hechos en última instancia desde un punto de vista de comodidad, da frecuentemente la impresión de soñar con magníficos conductores de hombres y constructores de pueblos capaces de hacer el milagro de ensamblar por sí solos tantas piezas sueltas e imprimirles un impulso que confiere la cohesión y con ella la eficacia y la fuerza. Tal vez sea ésta la razón del apego de los militantes de partido a sus jefes más que a sus programas o doctrinas. Por otra parte, no estamos muy alejados de pensar que por la vertiente de un sueño vuelve la juventud a interesarse por el glorioso pasado del Islam, por las épocas felices en que el eco de la voz del Profeta Mohammed galvanizaba a los pueblos y los hacía poderosos, dinámicos. ¿No será ésta la explicación de la moderna tendencia del Islam a volver a sus fuentes, a limpiar el árbol de raíces seculares de toda la hojarasca que ha introducido el tiempo? Porque, de hecho, es precisamente entre los jóvenes que se han sucedido desde la primera guerra mundial hasta la fecha donde se encuentran los más fervorosos partidarios de un Islam desbrozado de todo lo superfluo en él introducido al ritmo de la decadencia de los pueblos musulmanes.

Sin embargo, esta especie de rodeo que conduce a la verdad — todos los caminos conducen a Santiago — no es acaso el más corto para resolver el problema perentorio con que se enfrenta la juventud de hoy día. Creemos que para ella la única actitud posible es mirar cara a cara la escueta realidad y convencerse de que el primer paso por el camino susceptible de conducir a una meta es prescindir de in-

dividualismos destructores, de hostilidades y recelos sistemáticos. Así, la hostilidad sistemática a lo occidental, aunque halle un eco de simpatía en la xenofobia de las masas incultas, sólo puede ser calificada de suicida si implica desechar en bloque todo lo europeo, sin admitir que hay algo aprovechable en esa forma de civilización, cuya aplicación integral a los pueblos islámicos sería otra forma de suicidio. Pese a sus fallos, pese al vacío espiritual de que adolece la Europa actual, algo ha de ser retenido de esa construcción levantada por siglos de esfuerzos sostenidos, y es lo primordial de la cuestión determinar cuál es ese algo que ha de ser escogido en una época de revisión por parte de Europa de cuanto constituía la estructura de sus Estados modernos, al parecer asentados sobre bases materiales permanentes, cuando, en realidad, en ellos se acusan síntomas inequívocos de envejecimiento en orden a técnica, producción y desarrollo científico frente a los Estados Unidos de América.

Sin embargo, pese a los buenos deseos de aplicación de lo que sigue siendo progreso europeo —no decimos civilización— en relación con países menos adelantados, la gran mayoría de la juventud musulmana no se siente atraída hacia esas ramas del saber que le convendría asimilar sin restricciones con vistas a formar los cuadros técnicos de que precisan sus respectivos países. Frente a un número reducidísimo de ingenieros, aparejadores, peritos industriales, mercantiles, electricistas e incluso de maestros, hay una abundancia de estudiantes de Derecho y demás carreras liberales, así como no pocos muchachos que no estudian nada definido y piensan dedicarse al periodismo. Otro hecho lamentable en orden a preparación profesional es la escasa constancia de los estudiantes para perseverar hasta el final de una carrera —cualquiera que sea— o para seguir ampliando sus conocimientos una vez conseguido el diploma. De ahí un número nada desdeñable de jóvenes que, situados a mitad del camino entre la ignorancia feliz y el saber eficaz, constituyen un núcleo de insatisfechos fácilmente amargados que utilizan su no muy amplia cultura para críticas o lamentaciones de provecho práctico nulo. En líneas generales, se observa en esta juventud poco amor al esfuerzo continuado, mucha afición a la dialéctica y, a pesar de todo, la insoslayable inquietud de tener que hacer algo, porque algo ha sido llamada a hacer, lo que provoca una sensibilidad un poco susceptible que también se da en un sector de estudiantes que de su contacto con Europa sólo conservan, realmente, una serie de costum-

bres de harta fácil copia que rara vez suponen una elevación del nivel cultural o moral. Ciertamente que no toda la juventud norteafricana ha de ser medida por este rasero; pero como también presenta esta faceta, justo es consignarla, teniendo en cuenta, sobre todo, que, generalmente, la integran elementos que por su categoría social y económica gozan de positiva influencia en sus países de origen.

¿Hemos de concluir de lo que antecede que la juventud norteafricana corre sin salvación posible hacia el cumplimiento de un triste destino de frustradas ilusiones e inevitables fracasos? Porque no puede —ni debe— optar plenamente por un Occidente ajeno a su esencia y sobre el que parece cernirse el ocaso de su civilización secular, ¿no existe para ella otro porvenir que esperar a que los años aplaquen sus bellos ardores juveniles, bellos por muy faltos de orientación que estuvieren? Ni lo creemos ni lo esperamos así.

Con cierta severidad —«El amor no es ciego; sólo es ciega la indiferencia», dijo admirablemente nuestro Ganivet— hemos considerado a esa juventud como se nos presenta en la complejidad del momento histórico actual. La incertidumbre y la desorientación que la dominan, junto a su inquietud, reconocemos que son reflejos de la incertidumbre y la inquieta desorientación en que se encuentra un mundo occidental que en una etapa dada de su desarrollo se erigió, con cierta justificada pretensión, en guía de pueblos menos adelantados que él en el camino del progreso y el concepto moderno de la civilización. El tanto de culpa que por su falta de vigor moral, perseverancia y generosidad corresponde a la juventud norteafricana, lo hemos señalado; pero tal vez haya pasado inadvertido un punto esencial que deseamos hacer resaltar porque en él se inserta lo que tenemos por el auténtico porvenir de los pueblos norteafricanos, porvenir que ha de labrar precisamente la juventud que nos ocupa, una vez demostrado que no son aplicables a sus respectivas colectividades las soluciones calcadas de Occidente hacia las que se inclinó la precedente generación de 1918. Nos referimos a la preocupación de islamismo —entendido no como mera expresión religiosa, sino como concepto total del mundo y de la vida—, que se observa entre los jóvenes y que nos parece ser una señal de que para ella existe la posibilidad de un mañana mejor, puesto que intuye los medios para lograrlo.

Detractores y ensalzadores de la civilización musulmana, que conoció su apogeo en nuestro suelo en contacto fecundo con sus moradores, han debatido si el Islam entraña o no en sí el germen de

muerte de lo estático, cual si la formidable trayectoria descrita por esa civilización desde las predicaciones del Profeta Mohammed hasta el siglo X de nuestra Era y el Califato de Córdoba no fuese un hecho que excusa semejante discusión. Cierto es que por muy excelsa que sea una ideología —religiosa, filosófica o social—, para dar al mundo una civilización, precisa de hombres capaces de aplicar sus principios rectores y dirigir en acertado sentido el impulso vital que en ella existe. Los Abbásidas y los Omeyas fueron, indudablemente, los hombres privilegiados que estructuraron los elementos originales del Islam, que tal vez sin ellos sólo hubiera dejado de su expansión el recuerdo histórico de una epopeya religiosa y guerrera y no el rastro imperecedero de una civilización. Pero, independientemente de los creadores o constructores de civilizaciones, hay que tener en cuenta las condiciones en que éstas se desarrollaron. A este respecto conviene señalar que fué precisamente cuando el Islam permaneció abierto a las influencias beneficiosas del exterior cuando iluminó el mundo con más vivo resplandor. Ocioso es recordar, en relación con el Islam occidental, la mutua influencia que ejercieron entre sí los árabes conquistadores y los hispanos conquistados, y que ha producido una cultura, una filosofía, una mística y un arte que son aún admirados, pero que empezaron a degenerar con la llegada a la Península de los puritanos del desierto, las Almorávides y los Almohades. Por otra parte, a principios del siglo XVII la dinastía saadiana dió una época de esplendor a un Marruecos que permanecía en contacto con Occidente. Es la reacción puritana la que señala el primer tiempo de la lenta decadencia del hermético Imperio marroquí. Este inciso histórico no tiene otra finalidad que advertir el peligro de un repliegue sistemático de la juventud frente a lo occidental, como medio de afirmar su independencia frente a él. Pese a sus fallos y errores, pese a su decadencia espiritual, hay un aspecto de Europa que puede ser adoptado y aplicado. Ello es tanto más posible cuanto que la pura doctrina islámica no se niega categóricamente a las renovaciones ni al progreso, contrariamente a lo que han juzgado ciertos «conocedores» del mundo musulmán, como, por ejemplo, Lord Cromer, que en su *Modern Egypt* escribía: «No se puede reformar el Islam, es decir, que el Islam reformado ya no es el Islam, es otra cosa». Esto no es cierto. Según el llamado principio tradicional del «Ihmáa», cualquier proposición adquiere fuerza de ley si es aprobada por la mayoría de los musulmanes. «El princi-

pio del «Ishmáa» —escribió Goldziner— contiene en germen para el Islam la facultad de evolucionar y moverse libremente. Brinda un correctivo oportuno a la tiranía de la letra muerta y de la autoidiosincrasia personal. Se ha afirmado, por lo menos en el pasado, como el factor principal de la capacidad de adaptación del Islam.»

Por tanto, el Islam —no tomado exclusivamente en su aspecto religioso, sino, repetimos, como concepto total de vida— puede adaptar fórmulas políticas ajenas a las suyas propias, tanto más fácilmente cuanto que el Islam es genuinamente democrático antes de la invención de la seudodemocracia europea; puede remozar su estructura social, económica y jurídica, conservando su base tradicional, y utilizar la técnica que hace la fuerza de las naciones, sin por ello renunciar a su esencia ni dejar de ser fiel a sí mismo. Este armonizar lo propio y lo ajeno, imprimiendo al conjunto el sello de su genio, es la vasta tarea que ha de ser llevada a cabo por una juventud que debe perder su gesto hurraño frente a una forma de civilización que, como la occidental, la ha decepcionado, acaso porque no la ha eximido de la dura obligación de resolver su problema de renovación dentro de una línea tradicional. Pero del mismo modo que individualmente cada cual ha de hallar con su esfuerzo personal su propio camino, los pueblos deben descubrir su rumbo bregando, luchando y sacrificándose. Así como España ha venido manteniendo, salvo durante breves eclipses, y contra viento y marea, su posición de integral Catolicismo frente a los demás países, desde la Reforma y el Renacimiento hasta nuestros días, sin dejar por ello de engranar con el mundo moderno, pensamos que la juventud norteafricana actual, que es el Islam vivo de hoy y mañana, puede permanecer fiel a su actitud islámica y total frente a la vida sin replegarse en un aislamiento hostil y receloso, suicida, ni abdicar sus esencias doctrinales para lograr el renacimiento de sus países. No acude casualmente a nuestro pensamiento el ejemplo de España. Ni tampoco de modo forzado. Se presenta lógicamente, como una directriz brindada por la única nación que, geográfica, histórica y racialmente, está en la intersección de Europa y África, es a un tiempo ambos Continentes, y, en lo cultural, ha armonizado el espíritu de Occidente y Oriente, plasmándolos en formas propias, aun cuando en lo religioso tiene un carácter de universalidad que tampoco puede ser negado al Islam.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA